

OCTAVIO PAZ: EN DEFENSA DE LA POESÍA

EDWARD HIRSCH

Octavio Paz practicó la poesía como una religión secreta. Habitó sus misterios, invocó sus sacramentos, leyó sus entrañas, inscribió sus revelaciones. Escribir era para él un acto primordial, y observaba la hoja en blanco como desde un abismo, hasta que alcanzaba el borde del lenguaje. Los poemas que trajo de regreso están llenos de un antiguo asombro y extrañeza, de sabiduría hermética, un sentido vertiginoso de lo sagrado. Están mágicamente desarraigados del silencio. He aquí su perturbador pequeño poema "Escritura": "Yo dibujo estas letras/ como el día dibuja sus imágenes/ y sopla sobre ellas y no vuelve".

Paz comenzó a escribir poemas desde adolescente y no dejó de hacerlo hasta el final de su vida. La poesía lírica era para él una actividad central, en la raíz del ser, y durante casi 70 años se vio impelido a intentar conectarse, y conectarnos —a través de la sensualidad—, al fervor rítmico de las palabras. La inspiración no era para él una entidad estática sino un impulso hacia adelante, una aspiración, el acto de ir "más allá de nosotros al encuentro de nosotros". Paz escribía poesía con la aguda conciencia de ser él y, simultáneamente, alguien o algo más. A esto le llamaba "la otra voz". Creía que la fusión de voces —el acto de poetizar— era una forma de romper la sucesión temporal, "una forma de acceso al tiempo puro, una inmersión en las aguas originales de la existencia".

He estado devorando los poemas y ensayos de Paz durante la mayor parte de mi vida, y sentí como si una luz radiante desapareciera del mundo cuando murió el 19 de abril a los 84 años. Una era literaria, todo el paisaje cultural de América, parece disminuido. Dentro de Paz se daba una colisión vigorosa entre poesía e historia, cada una reclamando su formidable inteligencia. Una era una aviesa canción de sirena que lo llamaba a un presente perpetuo, a una erótica consagración de los instantes y a la superabundancia de tiempo y ser, mientras que la otra se materializaba como un discurso medido que le recordaba las necesidades sociales y políticas de los otros, una disertación voluble sobre la naturaleza de la *civilitas*, la im-

portancia de las preocupaciones mundanas y las leyes del proceso temporal.

Paz tenía un aguzado sentido de las responsabilidades cívicas del poeta. Entró ansioso a la refriega política —como diplomático, como editor fundador de muchas revistas, como franco pensador crítico. Como Isaiah Berlin, Paz era un pluralista cultural y un héroe de la democracia liberal ("Mi libertad comienza con el reconocimiento de la libertad de los otros", declaró). Desde su juventud lo atormentó la pregunta de si valía la pena escribir poesía, y partiendo de esa necesidad de explicarse se convirtió en un maravilloso apologeta de la poesía misma. Su apreciación se extendió a todos los tipos de literatura, y se convirtió "en un hombre-orquesta de literatura" (como lo llamó Irving Howe) y un perspicaz arqueólogo cultural. Su trabajo en prosa está enmarcado por *El laberinto de la soledad* (1950), una especie de psicoanálisis de la psique mexicana colectiva, y por *Vislumbres de la India* (1995), un testimonio de la influencia que la India ejerció en su vida y en su obra. Qué asombroso que su búsqueda de la modernidad lo llevara de regreso a los inicios, a los tiempos antiguos, a los templos y a los dioses, a los mitos y las leyendas del México precolombino, al igual que a las fuentes de la religión india.

Paz nunca perdió de vista el poder irracional de la poesía y su misterio sagrado, sus raíces arcaicas, su audacia espiritual. "Poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono", escribió en *El arco y la lira*, una sostenida defensa de la poesía que el mismo Shelley hubiera apreciado. Paz trataba a la poesía lírica como una actividad emocional revolucionaria, un ejercicio espiritual, un medio de liberación interior, una búsqueda de transfiguración. Los obituarios dedicados a él han sido respetuosos y llenos de alabanza; sin embargo, al leerlos he sentido como si la reputación de Paz como hombre de letras, autor de libros sobre la historia y política de nuestro tiempo, amenazaran ensombrecer su desempeño como poeta, aunque toda su escritura naciera de su compromiso con la poesía. Como él lo dijo en "Poesía, mito, revolución": "Desde mi adolescencia he escrito poemas y no he cesado

de escribirlos. Quise ser poeta y nada más. En mis libros de prosa me propuse servir a la poesía, justificarla y defenderla, explicarla ante los otros y ante mí mismo. Pronto descubrí que la defensa de la poesía, menospreciada en nuestro siglo, era inseparable de la defensa de la libertad. De ahí mi interés apasionado por los asuntos políticos y sociales que han agitado a nuestro tiempo". Paz regresó a la cuestión de la libertad, psicológica y de otros tipos, con intensidad despiadada durante toda su vida.

Paz sabía tanto de libertad interior que resulta conmovedor recordar que gran parte de su poesía provenía de un sentido radical de extrañamiento y exilio, de una sensación de irrealidad. Consideraba la experiencia de haber nacido "una herida que nunca cierra", y buscaba, a través de la poesía, reunificarse con los otros. Sus poemas están llenos de túneles y puentes sombríos, cruceros y umbrales oscuros, pasadizos elementales, alturas vertiginosas. Vacila entre el aislamiento y la conexión, la soledad y la comunión, la duda y el arrebató. Tenía un extraño sentimiento por los espacios interiores que no dejan de abrirse en la poesía, y sus líneas pueden inducir a una especie de resbalamiento y vértigo mental, la sensación de estar viajando por interminables corredores internos:

Busco sin encontrar, escribo a solas,
no hay nadie, cae el día, cae el año,
caigo con el instante, caigo a fondo,
invisible camino sobre espejos
que repiten mi imagen destrozada,
piso días, instantes caminados,

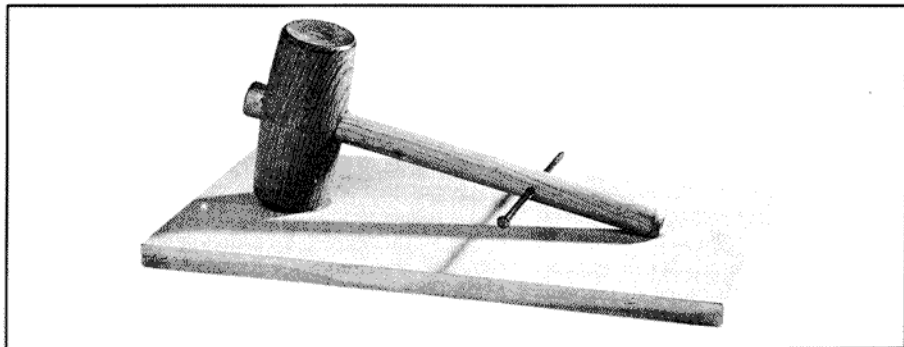
piso los pensamientos de mi sombra,
piso mi sombra en busca de un instante...

Paz tenía una inteligencia escéptica, pero no era un poeta cerebral, como se ha sugerido con frecuencia. Antes bien, sus poemas son impulsados por un

erotismo a veces angustiado, a veces gozoso. La mayoría de sus poemas parecen ensombrecidos por la oscura ausencia o presencia del ser amado. Cuando el ser amado está ausente del poema, Paz se siente agudamente separado de la naturaleza y de sí mismo, devuelto a sus propios deseos enajenantes y al flujo lineal del tiempo. Pero cuando la amada visita al poema, percibe la rebosante circularidad del tiempo, la danza del ser, la afirmación del momento eterno. La poesía se convierte en un medio de realización, de conciliación de los contrarios, una manera de participar en un universo abundante. Se convierte en una forma de amor creativo que anula al mundo temporal. Aquí "todo se transfigura y es sagrado, / es el centro del mundo cada cuarto, / es la primera noche, el primer día, / el mundo nace cuando dos se besan..."

En su espléndido libro sobre el sobre amor y el erotismo, *La llama doble*, Paz vincula explícitamente al acto erótico con el acto poético a través de la agencia de la imaginación. "La imaginación convierte al sexo en ceremonia y rito, al lenguaje en ritmo y metáfora", escribe. "La imagen poética es el abrazo de dos realidades opuestas, y el ritmo la copulación de sonidos; la poesía erotiza al lenguaje y al mundo porque la operación es originalmente erótica". Me conmueve la sugerencia de Paz de que el amor, como la poesía, "es una victoria sobre el tiempo, un atisbo del otro lado, del allá que es un aquí, donde nada cambia y todo lo que es, lo es verdaderamente". Casi debemos regresar a Emerson para hallar una aprehensión tan poderosa y de tan amplio alcance de los logros imaginativos tanto de la poesía como del amor humano.

Octavio Paz dejó tras de sí más de 40 libros, inmensa labor que estaremos explotando en los años por venir. Los lectores del español original y de las muchas traducciones inspiradas regresarán una y otra vez a este poeta de la separación y la fusión, a esta mente de América. Su legado es un mayor encantamiento, más vida. <



Arma, 1988